

Simón Bolívar y Baldomero Sanín Cano. A propósito de los 200 años de la Carta de Jamaica (1815-2015)¹

Rafael Rubiano Muñoz²

DOI: 10.17533/udea.esde.v73n162a11

Resumen

El artículo propone colocar, en el contexto contemporáneo y actual, los contenidos y las reflexiones de la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar, a propósito de los 200 años de haberse escrito y de su importancia en el pensamiento y las letras latinoamericanas. A la par de la conmemoración de la epístola ensayo, llamada “carta profética” se reconstruyen las imágenes del “Libertador”, en la obra y pensamiento del ensayista y crítico colombiano Baldomero Sanín Cano, considerado uno de los “Maestros de América” y un faro de la intelectualidad del continente en el siglo XX. Bajo esos referentes el escrito realiza la pertinencia y la actualidad de ambos personajes, se propone igualmente darle vigencia y memoria, a la *Utopía* de América, concebida y trazada por estos dos arquitectos de América, a partir de sus opiniones, escritos, debates y reflexiones.

Palabras clave: Carta de Jamaica, Independencias, Emancipación, América Latina, Baldomero Sanín Cano, Utopía de América.

Simón Bolívar and Baldomero Sanín Cano. With regard to the 200 years of the Charter of Jamaica (1815-2015)

Abstract

The article proposes to place in the current and contemporary context the contents and reflections of Simón Bolívar’s *Jamaica Charter* concerning the 200 years of its writing and its importance in the Latin American thought and literature. Along with the commemoration of the epistle, called “prophetic letter”, the images of the “Liberator” are reconstructed, in the work and

1 Este artículo es parte de la tesis doctoral titulada: Baldomero Sanín Cano: un intelectual liberal, humanista y transeúnte del siglo XX realizada en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-Argentina) en Buenos Aires en el Doctorado en Ciencias Sociales (2011-2015).

Citación de este artículo con el sistema APA: Rubiano Muñoz, R. (2016). Simón Bolívar y Baldomero Sanín Cano. A propósito de los 200 años de la Carta de Jamaica (1815-2015). *Estudios de Derecho*. 73 (162), 269-287. DOI: 10.17533/udea.esde.v73n162a11.

Fecha de recepción: 9 de septiembre de 2015

Fecha de aprobación: 10 de octubre de 2015

2 Sociólogo y Magister en Ciencia Política. Profesor Titular Facultad de Derecho y Ciencias Políticas Universidad de Antioquia. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales, Flacso-Argentina. Correo electrónico: rafael.rubiano@udea.edu.co; A.A. 1226. Dirección de correos U. de A.: Calle 70 N° 52-21, Medellín Colombia

thought of the Colombian essayist and critic Baldomero Sanín Cano, considered one of the “Masters of America” and beacon of the continent’s intellectuality in the XX century. Under these references, the writing emphasizes the relevance and timeliness of both characters; it also proposes to give effect and memory the *Utopia* of America, based on their opinions, writings, debates and reflections.

Key words: Jamaica Chart, Independence, Emancipation, Latin America, Baldomero Sanín Cano, Utopia of America.

Simón Bolívar e Baldomero Sanín Cano. Por ocasião dos 200 anos da Carta da Jamaica (1815-2015)

Resumo

Este artigo propõe pôr no contexto contemporâneo e atual, os conteúdos e as reflexões da *Carta da Jamaica* de Simón Bolívar, por ocasião dos 200 anos de ter sido escrita e da sua importância no pensamento e as letras latino-americanas. Paralelamente à comemoração da epístola-ensaio, chamada “carta profética”, reconstruem-se as imagens do “Libertador”, na obra e pensamento do ensaísta e crítico colombiano Baldomero Sanín Cano, considerado um dos “Mestres da América” e um farol da intelectualidade do continente no século XX. Sob esses referentes, o texto salienta a pertinência e a atualidade de ambos os personagens, ele visa, ainda, dar vigência e memória à *Utopia* da América, concebida e traçada por estes dois arquitetos da América, a partir das suas opiniões, textos, debates e reflexões.

Palavras-chave: Carta da Jamaica, Independências, Emancipação, América Latina, Baldomero Sanín Cano, Utopia da América.

Simón Bolívar y Baldomero Sanín Cano. A propósito de los 200 años de la Carta de Jamaica (1815-2015)

Con cada generación que pasa se comprende mejor la personalidad de Bolívar y a la par del mejor conocimiento crece, con su figura moral, la admiración de la posteridad. Con el correr de los años se ensancha el panorama de su época, se serena el ambiente, no sin que los tiempos le ofrezcan al hombre de estudios una perspectiva más propicia por la luz y la distancia para apreciar en su conjunto la grandeza del héroe y juzgar sus actos con más liberalidad, dentro del humano criterio (Sanín Cano, 1946, p. 14).

En 1946, el destacado ensayista y pensador antioqueño Baldomero Sanín Cano, publicó en el diario socialista *La Prensa* de San Antonio Texas, una corta pero sentida semblanza del “Libertador” Simón Bolívar (Sanín Cano, 1946, p. 14). Tres años después, ese mismo escrito apareció en una revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de nuestra Universidad, *Letras Universitarias. Tribuna cultural al servicio del estudiantado antioqueño* (Sanín Cano, 1949, p. 25), un impreso estudiantil con contenido muy inclinado a la protesta y a las reivindicaciones sociales universitarias. No deja de ser una curiosidad, que esta revista estudiantil, publicara el texto de Sanín Cano sobre Bolívar, en medio de una variedad de escritos sobre Goethe, Leibniz, Guillermo Valencia y muchos otros más.

La lectura de la semblanza sobre Bolívar da la impresión del conocimiento que Sanín Cano tuvo no solo de las obras y del pensamiento del libertador, sino también, se puede asegurar que en el escrito es notable la simpatía que no fue tenue, frente al proyecto de la unidad hispanoamericana y que, en su opinión, según se colige de lo que aprecia sobre Bolívar, Sanín Cano lo estimó, no solamente como un héroe militar, sino más bien, lo elevó al lugar de ser artífice y arquitecto de América. La semblanza pone en un terreno común, las aspiraciones – con las debidas y exigidas distancias – de dos grandes forjadores del pensamiento crítico latinoamericano, no obstante, parecería que estos dos individuos no guardan ni podrían colocarse bajo el mismo lugar y en el mismo peldaño que ambos merecen, dadas sus divergencias temporales.

Sin embargo, la presencia de Simón Bolívar (1783-1830) en Baldomero Sanín Cano (1861-1957) no fue fortuita, ni casual, menos aún se la puede considerar

forzosa o circunstancial. Es muy posible que, para el lector de hoy, ambas personalidades sean antitéticas, que sus obras, pensamientos y trayectos sean tan inconexos como inexistentes los vínculos o comunicaciones. El Libertador, como se le conoció al venezolano, fue el gestor y artífice principal del proceso de emancipación independentista de nuestro continente y el “Maestro de América” como se le llamó en variados homenajes y reconocimientos³ al rionegrino, fue el precursor y el aliento de un pensamiento crítico latinoamericano, el impulsor de un cosmopolitismo cultural e intelectual de la modernidad en nuestras tierras.

Estos dos individuos no parecen guardar ninguna cercanía o familiaridad. No obstante, ellos dos, provenientes de épocas disímiles, están ligados por los derroteros comunes que encararon, no solamente a través de la obra y pensamiento que desarrollaron, sino también, por los anhelos y aspiraciones que asumieron en sus trayectorias vitales; esto es, luchar por la unidad e integridad de los pueblos de América. “El Libertador” y “El Maestro de América” han sido nuestros arquitectos; el uno, combatiendo con las armas y las ideas; el otro, con el periodismo y el pensamiento, por lo que no resulta inaudito colocarlos en el mismo nivel, y no es desatinado asegurar que se esforzaron por alcanzar la soberanía, la libertad, la autonomía y la independencia de nuestros pueblos.

Pese a la lejanía generacional, lo que los comunica de modo ineludible es su desvelo por el destino y el futuro de nuestros territorios. En este corto, pero sentido escrito, veremos cómo Bolívar y Sanín Cano comparten y tienen unos lazos fuertes que los vinculan de modo inextricable. Es de recordar que hace 200 años, se escribió la *Carta de Jamaica*, la que fue enviada a Mr. Henry Cullen (Navarro, 1956) por Bolívar, quien, entre otras cosas, siempre firmaba en los diarios de Kingston bajo los seudónimos de “Un suramericano” o “El americano” (Navarro, 1956, p. 14). La epístola ensayo constituye la Carta Magna de nuestros pueblos y ha sido el derrotero para salir de no pocas de las encrucijadas y problemas que han azotado al continente y, seguro, leyendo en la clave de la actualidad, contiene algunos asuntos vigentes.

Como se recordará, la *Carta* fue concebida en un ambiente en que se dio la restauración de Fernando VII, después que Napoleón Bonaparte, como en una partida de ajedrez, obligó a Carlos IV y a su hijo Fernando VII, a abdicar del trono

3 A lo largo del continente, Sanín Cano fue aclamado y reconocido como un “Maestro de América”; se le ubicó en la misma horma de personajes de la talla de Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, José Martí, Enrique José Varona, Manuel González Prada, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña entre muchos otros. Véase el homenaje de *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, 20 de marzo de 1932; *Revista Nosotros*, Buenos Aires, nro. 46-47, enero de 1940; la *Revista Iberoamericana*, México, nro. 26, 15 de febrero de 1948; *Revista Babel*, Santiago de Chile, nro. 59, 1951; *Revista Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, nro. 16, 15 de abril de 1952.

en Bayona en 1808, y en un contorno en que se disparó el ansia de reconquista, el sueño del imperio español era recuperar su dominio: Fernando VII envió a Pablo Morillo a las denominadas colonias, con más de diez mil hombres a la cabeza, en un ambiente de juntas, congresos, movilizaciones, altercados y ambiciones que campeaban en América.

No sin ambigüedades, por lo demás, pues algunos pobladores nativos no ocultaron su deseo de combatir al invasor extranjero francés y defender la corona del imperio hispánico; otros muchos aprovecharon las circunstancias de la incertidumbre y expresaron decididamente sus ambiciones personales por la independencia, la autonomía y la libertad de sus territorios ante el yugo hispánico de tres siglos.

En la *Carta de Jamaica* se pueden atisbar los gruesos problemas del continente. De manera notable, Bolívar describió cómo se desenvolvía el proceso de independencia, cuáles eran sus posibilidades y sus desaciertos, hasta esos momentos; comentaba con una valoración inusitada la composición geopolítica y demográfica del continente, además señaló cómo se encontraba frente al orden político internacional, tras insistir en la decadencia y la crueldad en más de tres siglos de violencia, horrores e injusticia cometidos por la casa real hispánica; para ello citó a Alexander von Humboldt, Bartolomé de las Casas, Guillaume Raynal, Servando Teresa de Mier, José María Blanco Crespo (“Blanco White”), Montesquieu, entre otros.

En el anterior sentido la epístola ensayo de Bolívar, sigue –aunque sin repetir ni plagiar como se cree de común –el escrito del exjesuita peruano Juan Pablo Viscardo, quien escribió otro manifiesto en 1792, con la intención de alentar y de denunciar las injusticias cometidas por los Borbones bajo Carlos III y en general por el imperio español en tres siglos frente a los americanos. Su escrito se titula *Carta Dirigida a los españoles americanos* (Viscardo, 2004), que constituye entre otros manifiestos políticos e intelectuales de la época, una entre algunos de los escritos en los que se puede decir que las ideas propiciaron algunos de los derroteros de las revoluciones latinoamericanas (Palacios, 2009).

Daniel Mornet, por ejemplo, en su libro *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa 1715-1787* de 1969, hurga en el papel que las ideas -las nuevas e innovadoras- a través de diversos medios, fueron la base y el fundamento que incitaron a la revolución y por ende se opusieron a las que soportaban el *Antiguo Régimen*. Mientras de otro lado, Roger Chartier, en su obra *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII, los orígenes culturales de la revolución francesa* (1996), en confrontación con Mornet, trata de mediar la relación entre ideas y revolución, para lo cual se centra en dos figuras principales quienes abordaron desde ópticas divergentes el proceso de la Revolución Francesa: Alexis de Tocqueville

con su obra *El antiguo régimen y la revolución* (1856) e Hipolitte Taine con el libro *Orígenes de la Francia contemporánea* (1876).

Para el caso de lo que investiga Chartier, los contornos de la revolución son comprensibles, antes que dividiendo o apartando las ideas de la revolución, es observando sus vínculos y sus alejamientos. Chartier se propuso buscar cómo ambas, en su dinamismo y en sus confrontaciones, se acercaban o apartaban, se entrelazaban a partir de escenarios y espacios de debate y de discusión, y sin duda, -aseguró el investigador francés- trataba de mostrar de qué manera se constituyeron las nuevas formas de opinión y de representación del mundo, que al fin, condujeron al resquebrajamiento del viejo orden aristocrático y nobiliario. Las ideas precipitaron la revolución, pero la revolución las hizo públicas, desatando las ansias de emancipación de las clases medias -burguesas con la aquiescencia del proletariado- que hasta entonces se encontraban como clases aisladas, marginadas y excluidas del escenario político, sin participación ni representación.

¿Hacen las revoluciones las ideas o las ideas propician las revoluciones? Aunque la bibliografía sobre la revolución francesa es amplia e inabarcable y ha sido objeto de detalladas y variadas investigaciones a lo largo del tiempo, algunas ya clásicas pese a que han sido escritas en nuestro tiempo contemporáneo (Groethuysen, 1943; Furet, 1980; Soboul, 1987; Darnton, 1987; Rudé, 1989), en el caso de América Latina, aunque de modo incipiente, los esfuerzos por la investigación de las ideas en las revoluciones de independencia apenas han despegado en un largo tiempo (Levene, 1956; Rama, 1982; Brading, 1988; Lynch, 2001; Xavier Guerra, 1992 y 2012; Góngora, 2003; Dongui, 2013), entre algunos otros.

No obstante, el historiador argentino José Luis Romero fue quien emprendió con algunas similitudes que se pueden derivar de las lecturas de Mornet y Chartier, el debate sobre el papel de las ideas en el proceso de emancipación e independencia del continente americano. En su libro titulado *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, argumenta la variedad de dificultades y los obstáculos que plantea el interrogarse sobre las relaciones mutuas entre las ideas y la revolución en Latinoamérica.

En su prólogo aduce que es necesario la aplicación de un enfoque metodológico y para ello, asegura que un adecuado análisis e investigación sobre las independencias, debe partir de las conexiones entre historia social e historia política (Romero, 1985, pp. 9-37), sin restringirse primordialmente a algunas de ellas. La historias nacionales y patrias se hicieron, o bajo el triunfo ideológico de una tendencia partidista o legitimando una clase en el poder, por tanto, es fundamental aplicar otros instrumentos de análisis, como argumenta Romero, ampliando la anterior perspectiva.

De otro lado, asevera que, para descifrar las relaciones entre revolución e ideas en Latinoamérica, es imprescindible aplicar un enfoque que logre captar la reconstrucción de variados encuadres, algunos de los cuales -el metodológico es ineludible-, podrán permitir sortear las dificultades que se presentan debido o quizás a causa de la complejidad, las variantes y las paradojas del proceso de emancipación independentista de nuestro continente.

En los encuadres destaca Romero, la selección e interpretación de las fuentes; la reconstrucción de los discontinuos tiempos y la recomposición de las corrientes de ideas. A partir de estos tres encuadres, Romero hurga las problemáticas conexiones entre las ideas y las revoluciones latinoamericanas, frente a las cuales considera: “La preparación de una antología del pensamiento político de la Emancipación no sólo obliga a seleccionar según cierto criterio -siempre discutible-, los textos que se juzguen más significativos, sino que se propone inexcusablemente ciertos problemas de interpretación sobre los que caben diversas respuestas” (Romero, 2001, p. 51).

Las variables históricas, el mestizaje y una discordante estratificación social, también difusa, constituyen algunos de los dilemas sobre los cuales han de operar los analistas para descifrar cuáles fueron las ideas o cómo las ideologías se filtraron en el proceso de emancipación de las tierras americanas. Con persistencia aduce que las ideas revolucionarias no fueron originales y propias y los matices de su recepción se dieron a partir de unas clases sociales variables, que condujeron por ello a que las ideas se “bastardizaran”, quiere decir, llegaron y se apropiaron bajo unas condiciones específicas, adquiriendo una peculiaridad frente a otras revoluciones conocidas, por lo que refiriéndose al anterior aspecto asegura:

Pero es bien sabido que no siempre -o casi nunca- tuvieron auténtica y profunda vigencia real. Esa contradicción proviene, precisamente, de la inadecuación de los modelos extranjeros a las situaciones locales latinoamericanas y, sobre todo, de la existencia de otras ideas, imprecisas pero arraigadas, acerca de esas situaciones y de las respuestas que debía dárseles. Eran ideas espontáneas, elaboradas en la experiencia ya secular del mundo colonial en el que el mestizaje y la aculturación habían creado una nueva sociedad y una nueva y peculiar concepción de la vida. Lo más singular -y lo que más dificulta el análisis- es que esas ideas no eran absolutamente originales, sino transmutaciones diversas y reiteradas de las recibidas desde los comienzos de la colonización, de modo que pueden parecer las mismas y reducirse conceptualmente a ellas. Pero la carga de experiencia vivida -irracional generalmente- con que se las transmutó introdujo en ellas unas variantes apenas perceptibles, y las mismas palabras empezaron en muchos casos a significar otras cosas (Romero, 2001, p. 52).

Volviendo a Viscardo, Miranda en Londres, fue contactado por el ministro estadounidense Rufus King, quien años atrás había entablado amistad con Juan Pablo

Viscardo y Guzmán, exjesuita peruano, exiliado y perseguido, quien además por esas circunstancias firmaba con el seudónimo de Paolo Rossi. Entre los papeles que Viscardo confió a King, antes de morir en 1798, se encontraba una epístola panfleto que llevaba el título *Carta dirigida a los españoles americanos*, escrita en francés entre 1787-1792, publicada en Londres en español por Miranda en el año de 1799 y reseñada por James Mill en 1809, en la *Edinburgh Review* (Brading, 2004, p. 16). La Carta de Viscardo, un panfleto reflexivo palpitante, contenía muchas de las denuncias que Miranda había concebido contra el despotismo hispánico en sus escritos de “América espera” de 1790 (Miranda, 1982, p. 104).

Una mirada en detalle de la *Carta* de Viscardo se centra en la acusación contra el autoritarismo de la monarquía española y procura tras de argumentar sobre las denuncias del despotismo y la crueldad del imperio español, desenmascarar de qué modo el “pacto histórico” establecido desde la conquista entre el rey y las colonias, se ha violado continuamente y con persistencia, y la violación de dicho pacto exige una ruptura que ha de convocar en causa común a los pueblos de América por su liberación. Por eso inicia la *Carta* diciendo:

La inmediatez al cuarto siglo del establecimiento de nuestros antepasados en el Nuevo Mundo es una ocurrencia sumamente notable para que deje de interesar nuestra atención. El descubrimiento de una parte tan grande de la tierra es y será siempre, para el género humano, el acontecimiento más memorable de sus anales... Aunque nuestra historia de tres siglos acá, relativamente a las causas y efectos más dignos de nuestra atención, sea tan uniforme y tan notoria, que se podría reducir a estas cuatro palabras, *ingratitude, injusticia, servidumbre y desolación*; conviene, sin embargo, que la consideremos aquí con un poco de lentitud (Viscardo, 2004, p. 73).

La Conquista, según se puede ver al inicio de la *Carta*, fue un hecho histórico universal, no obstante, del derecho de Conquista no se desprende -observa Viscardo- que se puedan practicar las actitudes que la han definido en el tiempo, es decir, la violencia y la crueldad que subyacen a un despotismo que no solamente es de ingratitude e injusticia, sino igualmente de exclusión y de esclavitud, como se puede advertir en las cuatro palabras con que Viscardo sintetiza la dominación hispánica en tres siglos. Por tanto, el patrimonio producto del derecho de la dominación, no recaía con exclusividad en los españoles peninsulares establecidos en América, correspondía como adujo Viscardo a los españoles americanos, por eso afirmó:

Todo lo que hemos prodigado a la España ha sido pues usurpado sobre nosotros y nuestros hijos; siendo tanta nuestra simpleza que nos hemos dejado encadenar con unos hierros, que si no rompemos a tiempo, no nos queda otro recurso que el de soportar pacientemente esta ignominiosa esclavitud. Si como es triste nuestra condición actual fuese irremediable,

sería un acto de compasión ocultarla a vuestros ojos; pero teniendo en nuestro poder su más seguro remedio, descubramos este horroroso cuadro para considerarle a la luz de la verdad. Ésta nos enseña que todo rey que se opone al bien universal de aquellos para quienes está hecha es un acto de tiranía, y que el exigir su observancia es forzar a la esclavitud; que una ley que se dirigiese a destruir directamente las bases de la prosperidad de un pueblo sería una monstruosidad superior a toda expresión; es evidente también que un pueblo, a quien se despojase de la libertad personal y de la disposición de sus bienes, cuando todas las otras naciones, en iguales circunstancias, ponen su más grande interés en extenderlas, se hallaría en un estado de esclavitud mayor que el que puede imponer un enemigo en la embriaguez de la victoria (Viscardo, 2004, p. 75).

El documento panfleto, que figura como un manifiesto alegato de hondo sentido intelectual, trazó una explicación sobre la urgencia de la emancipación, pero, ante todo, sostuvo la importancia de la defensa de los derechos naturales e individuales que, para la época, fueron conculcados, en su parecer, por la desidia y por la crueldad de la monarquía española -no ante los españoles peninsulares radicados en América- frente a la capa de españoles americanos, nativos ya de las tierras de América.

Las independencias latinoamericanas no estuvieron exentas de las batallas y discusiones ideológicas. Basta señalar las enardecidas y argumentadas polémicas que se tejieron posteriormente entre el dominico mexicano Fray Servando Teresa de Mier y el heterodoxo exiliado español, José María Blanco White (Pons, 2006), para quienes desde ópticas diferentes, les obligó asumir ante el azar y la ambivalencia, las reflexiones o el análisis de si la separación de América frente a España debió realizarse de modo relativo o a plenitud, en un contexto de luchas regionales, de erección de Congresos radicales, de aspiraciones nacionales o continentales y de levantamientos caudillistas locales o in y extra-regionales (Lynch, 1987, pp. 71-128).

Pero la *Carta* de Bolívar fue más allá. Son admirables la manera y la propiedad con las que *El Libertador* señaló los avatares y las premuras del proceso de emancipación, sus dificultades en la organización y desenvolvimiento de las futuras repúblicas independientes. Esgrimió y avizoró la necesidad de la idea de unidad e integración de los pueblos de América y bajo ese argumento explicó la importancia, antes que del federalismo, de establecer el republicanismismo constitucional como fundamento de nuestra historia y cultura, porque: “garantiza la división o separación orgánica de los poderes públicos, las libertades individuales, la independencia política y la unidad continental hispanoamericana” (Gómez, 2015, p. 102).

Lo interesante de la *Carta* es cómo Bolívar le apostó a una gran República, un Estado central unificado, que reuniera la fragmentación de los territorios de América; planteó la necesidad de un organismo internacional que regulara y limitara la intervención e injerencia de los imperios en las colonias y estimó

además, bajo un criterio jurídico humanista, la importancia de la educación para erigir las leyes, en la que no hay constitución y ella no es aplicable, sin la formación de los ciudadanos, para gobernar y ser gobernados. Incluso en el contexto de las Relaciones Internacionales, la autonomía y la independencia de los pueblos, su soberanía y autodeterminación son indispensables, lo que es un derecho esencial de las relaciones a nivel global, y además había que insistir, la idea de la “Grande Patria”, era la noción de la unidad continental, a partir de la posibilidad de crear la justicia y libertad, valores esenciales de lo que las repúblicas de América brindarían en un mundo imperialista y ya caduco.

Hay algunas argumentaciones que en el orden actual siguen siendo vigentes para pensar los retos de nuestra América Latina. En la *Carta*, por ejemplo, Bolívar acepta el mestizaje como uno de los elementos centrales de la identidad continental y, por ende, defiende el pluralismo étnico y enarbola la idea de un Estado laico, defendiendo siempre las nociones de libertad, de educación y formación de nuestros ciudadanos a partir de la ilustración; así mismo, plantea la descolonización como plataforma central de nuestra existencia y de nuestras costumbres, y emprende el proyecto de buen gobierno a partir de la promulgación de la tolerancia y la justicia como resortes de los pueblos de América, concebidos por Bolívar, no solamente como “patrias autónomas”, sino que, bajo el amparo de las independencias que constituyeron el giro histórico de la esperanza frente a la decadencia del mundo Occidental, los denominó como la “patria de la humanidad”.

Ahora, si bien, Sanín Cano no escribió un abultado o sonoro texto sobre Bolívar, es de rescatar la semblanza que, con el título de “Simón Bolívar”, escribió para el periódico de San Antonio Texas y para la revista estudiantil de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. En la semblanza, amplió y argumentó que:

Cada día es mayor el número de las obras que aparecen para fijar su posición en la historia de los grandes hombres y de los acontecimientos que marcan época en el paso del hombre sobre la tierra. Ha pasado más de un siglo desde el día de su muerte y todavía la civilización, la ciencia, la experiencia de los grandes observadores de la conciencia humana se empeñan ansiosamente en resolver los problemas por él planteados ante un mundo privado del saber de la disciplina y la virtud necesarios para organizarse y obrar con la alteza moral a que aspiran sus palabras. Tuvo la visión profética del mundo americano, al cual dedicó toda su vida y su pensamiento. Se adelantó a su tiempo, dominó a los hombres y las circunstancias. Desconoció el desaliento y supo en más de una ocasión, sobreponerse a las pruebas más recias de la fortuna. Derrotado en Venezuela, fugitivo, todavía sin rumbo en el camino del desastre, hablaba con sus fieles acompañantes de las futuras campañas con que le daría término y remate a su obra de liberación (Sanín Cano, 1946, p. 25).

Y, en un tono de admiración, agregó:

Tuvo sobre los creadores de naciones la excelsa recompensa del éxito. Conquistadores contemporáneos suyos vieron deshacerse en humo la obra de quince o dieciséis años. La obra de Bolívar dura aún incólume y tiene caracteres indelebles de eternidad. El éxito en su caso no era satisfacer una ambición personal sino la realización de una idea en beneficio de un mundo. Habiendo completado su obra tuvo la grandeza de dar por terminados sus esfuerzos y quiso dejar a otros la lucha con los apetitos, la liquidación de la conquista por entre las aspiraciones justas o desproporcionadas de algunos conquistadores. Su obra de escritor y de hombre de pensamiento sorprende a quienes pasan por alto la calidad de su inteligencia y sus capacidades de observador frente al panorama de la época en que le tocó medir su alma con las eventualidades del mundo. Con un campo de observación amplio y cambiante, con un mentor excepcional, profundamente escéptico, dotado de grandes capacidades de observador y copiosamente versado para su tiempo, en varias disciplinas. El Libertador formó su espíritu para las armas y las letras en proporción admirablemente adecuada para cumplir la obra a que le impulsaban sus sentimientos y las necesidades de la época” (Sanín Cano, 1946, p. 25).

En variados escritos, Sanín Cano puso al frente de sus argumentos algunas de las ideas o de las reflexiones que Bolívar elaboró y muchas otras de las que pudo conjugar en sus batallas armadas y desplegarlas a través del terreno de la opinión pública americana. A lo largo de 70 años de producción escrita, el antioqueño puso al frente de sus escritos dos convicciones que le arrojaron a arduas confrontaciones y polémicas en Europa como en nuestro continente, y que siguen las huellas bolivarianas; la primera, la de la independencia cultural y política de América y su inclusión en la órbita de la historia universal. Sanín Cano por ejemplo aceptó que el etnocentrismo -y se incluye allí al racismo- era tanto un problema europeo como también latinoamericano y que, como prejuicio, era una tarea intelectual fundamental la descolonización de América, pero no se arrojó a caer en la bandera romántica de un suelo americano por fuera de la rueda de la historia mundial.

La segunda, como ningún otro, y quizás fue en ello un precursor como Bolívar, Sanín Cano analizó el mestizaje, como elemento histórico primordial, problema ante el cual arguyó no fue exclusivo de América, porque también se constituyó en una experiencia europea, en diversos tramos de la cultura occidental. Por ejemplo, Sanín Cano, se dio a la tarea de desfanatizar y se podría decir de quitarle el monopolio a los prejuicios dominantes de una época, la de la modernidad del siglo XX. La tarea del intelectual entonces, admitió Sanín Cano se dirige a confrontar mediante la crítica a los fanatismos y a los fanáticos, acaso sea esta idea otra de las huellas que se hallan en la esencia de la *Carta de Jamaica*.

El carácter ensayístico de Sanín Cano se orienta a abrir la ilustración, de un lado y del otro de los continentes y procura desenmascarar a los más reaccionarios, a los extremos sean llamados, indigenismos, catolicismos, nacionalismos, fascismos, totalitarismos, a los patriarcalismos o incluso a los feminismos a ultranza que, como moda, hoy se catapultan encriptados bajo la denominación del *postcolonialismo*. ¿Entenderán estos adalides de esta moda mercantil semicientífica y cuasiintelectual, algunos de los argumentos analíticos que se desarrollan en *La Carta de Jamaica*?

De algunos de los registros existentes sobre Bolívar en Sanín Cano, son excepcionales los dos que publicó en la revista *Hispania* (1912-1916) (Sanín Cano, 1912, pp. 251-252 y 1914, pp. 974-976) de Londres, que entre otras, fue un impreso que se constituyó como proyecto político cultural hispanoamericano fundado por liberales radicales exiliados. Su mentor fue Santiago Pérez Triana (1858-1916), hijo del expresidente Santiago Pérez Manosalbas (1830-1900), quienes se exiliaron a causa de la persecución del régimen conservador autoritario de la *Regeneración*, liderado por Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. Se debe recordar que Sanín Cano llegó a Londres en febrero de 1909, enviado por el presidente Rafael Reyes para representar a Colombia en una empresa inglesa de explotación de esmeraldas. A la renuncia de Reyes al poder en 1909, Sanín Cano, cesante y “en el asfalto”, tal como él mismo lo relató (Sanín Cano, 1937, p. 2), se vio obligado durante cinco años a pasar horas en la biblioteca del Museo Británico, leyendo y preparando sus alimentos en un restaurante situado en la insigne institución.

Fue allí en Londres -no por casualidad, porque en esta misma capital Andrés Bello y Juan García del Río emprendieron la publicación de dos proyectos editoriales, propios de las aspiraciones hacia la emancipación de América: la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano* (1823) y (1826-1827), respectivamente- donde de modo secreto Sanín Cano tuvo ese encuentro espiritual con Bolívar, suceso especial en el que se conectan las generaciones y tienen, con el encuentro del pensamiento, esa ansia de renovar y recrear para la posteridad las tradiciones intelectuales o del pensamiento. De modo que, en la biblioteca, Sanín Cano hurgó los archivos y encontró documentos desconocidos, pero determinantes de la historia latinoamericana, y que no por casualidad serían publicados entonces en *Hispania*, en la capital inglesa, para el conocimiento de los ciudadanos de nuestro continente.

De las reseñas de *Hispania* sobresalen dos; su comentario analítico de la obra de Jules Mancini sobre Bolívar, que lleva por título *Fuera del dominio de la leyenda*, publicada en el año de 1912, donde destaca la importancia de la labor histórica para la construcción de la conciencia y la identidad de los pueblos y advierte sobre la primera gran biografía académica escrita sobre *El Libertador*, de la que destaca la importancia para la historia y los pueblos de los Héroes, no bajo la óptica del

heroísmo vulgarizado, que es proclive a la beligerancia o al fanatismo; sino como emulación, como valores y principios que son necesarios en las sociedades o para los ciudadanos. De la obra de Mancini titulada: *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde sus orígenes hasta 1815*, dice:

En un libro concienzudo, bellamente escrito y documentado sagazmente, M. Julio Mancini ha venido a reducir a contornos humanos la figura de Bolívar. No hay que inquietarse ante la labor de esta pluma sabia y discreta. Bolívar ha tenido la mala suerte de haber sido durante un siglo personaje puramente legendario. Lo cual no quiere decir que sobre su vida y obras no hayan manado ríos de tinta. Pero fue su actitud tan decidida en el momento histórico en que le tocó vivir, que en un siglo la posteridad no ha logrado desembarazarse del influjo personal de este magnífico ejemplar de la especie humana (...) El verdadero retrato de Bolívar estaba pues, por hacer. La historia ha dejado de ser apologética. La labor del historiador es hoy principalmente obra de expurgación y de despojo de documentos (Sanín Cano, 1912, p. 251).

Sobre esta primera historia académica de Bolívar, considera Sanín Cano, el saber y el conocimiento, que no se estrecha al ámbito personal, a lo excepcional del individuo, sino por el contrario, destaca cómo el historiador francés ubica al personaje, al héroe en el contexto más definido de las condiciones humanas y lo posiciona en los encuadres históricos, políticos y culturales de una etapa decisiva del continente. Por eso de nuevo sobre la biografía de Bolívar de Mancini, añade Sanín Cano:

El señor Mancini ha acometido esta obra con una fastuosa preparación. Ha recorrido los lugares en que aquella existencia prodigiosa dejó las huellas de su paso. Conoce la psicología de los pueblos libertados; la lengua española, que es su lengua nativa no tiene para él secretos ninguno. Ha tenido a su disposición los archivos en Colombia, en Venezuela, en Cuba, en España, en París y en Londres. Tiene lazos de familia con amigos de Bolívar, y ha podido escuchar en el hogar los últimos ecos de una tradición encargada de conservar los hechos más estupendos de la historia militar del siglo pasado. A esta posesión del documento, añade una cultura universal vasta y generosa y dotes de escritor invaluable (Sanín Cano, 1912, p. 251).

De otro lado, Sanín Cano subraya de Mancini la reconstrucción que sobre Bolívar hace en la línea de los contornos de un romántico que procuró transformar la realidad y superarla a través de sus ideas y pensamiento, pero advierte que este Bolívar romántico no lo teje Mancini como reaccionario, ni menos aún, nostálgico, sino como revolucionario y utopista, por eso, una vez más agrega sobre la obra:

La posteridad ha sido injusta con él porque nada es tan odioso para la humanidad como el éxito. Bolívar murió después de haber satisfecho todos sus ideales. Napoleón, un

soñador de mayores vuelos, ligó su nombre al más bullicioso de los fracasos. Forzó a la realidad durante unos años, a que se acomodase servilmente dentro de las mallas de una bella ilusión. El desastre de su carrera romántica le ha conquistado los sufragios de este público póstumo denominado la posteridad (Sanín Cano, 1912, p. 251).

Hay un Bolívar para todas las tendencias, gustos e ideologías, para el detractor como para el apologista. Lo que no se puede negar, añade Sanín Cano, es la incidencia de su obra y acción, su influencia en el destino y el futuro de América, como se puede colegir y es notorio en la *Carta de Jamaica* comentada aquí. En el segundo registro de *Hispania*, Sanín Cano se detiene en Rufino Blanco Fombona, el gran historiador venezolano, y promotor de la gran obra de la Biblioteca Ayacucho y de los pensadores latinoamericanos en Europa. A propósito del *Epistolario de Bolívar*, la reseña se destina a enaltecer este importante registro de la obra del “libertador”, el de su correspondencia, como se sabe se dice que Bolívar escribió cientos y cientos de cartas, que apenas son conocidas en las compilaciones que han realizado algunos investigadores de renombre.

Hay un par de párrafos que son hablan de la capacidad valorativa y del enfoque analítico aplicado por Sanín Cano, cuando de valorar las obras históricas se trata. Del registro de Rufino Blanco Fombona, explica el antioqueño:

Con los grandes hombres y con las épocas históricas es imposible ser imparcial. Generalmente hay una opinión formada cuando un hombre se sienta a escribir la vida de otro hombre o a comentar sus hechos. Es una fortuna para los amantes de la historia que no haya historiadores imparciales y desapasionados: ese género literario vendría siendo en tal caso desesperadamente tedioso e inabordable. Hace falta un poco de amor o un poco de odio para narrar con vivacidad la vida de un personaje histórico. Quien no tenga sobre su personaje una emoción que comunicar a los lectores, debe abstenerse de escribir historia y limitarse a publicar los documentos, en los cuales puede el lector, en ocasiones, hallar la emoción viva, el detalle pintoresco, la anécdota característica para reconstruir por sí solo la vida de un grande hombre o la fascinadora vitalidad de una época. Existen muchos infolios de documentos relativos a Bolívar, pero nadie como Blanco Fombona ha logrado engarzar con el hilo de un cariñoso entendimiento esta clase de testimonios vivos de una época. La pasión intelectual de Blanco Fombona antes favorece que desvirtúe sus capacidades de narrador, tratándose de Bolívar. Y es necesario que haya un entusiasmo razonado como éste, ya que hemos tenido el empeño denigrador, fríamente obcecado, de parte de uno, y el ditirambo insubsistente y fastidioso de parte de los otros (Sanín Cano, 1914, p. 974).

Y establece un parangón de Fombona y Mancini, en la que hace constar que estos dos registros que reseña, antes que ensombrecer, alumbran para la posteridad la figura del libertador, porque según insiste Sanín Cano, la correspondencia de Bolívar

construida por Fombona será una fuente de sin igual valor para las generaciones futuras, ya que:

Importa decir en beneficio de quienes no hayan leído aún este volumen, que las *Cartas de Bolívar* recogidas aquí por la solicitud de Blanco Fombona, tienen a más de su valor histórico, un mérito literario que no es preciso encarecer. Bolívar tenía fácil la palabra y la pluma. Había trasegado sin duda por entre los libros donde se hallan las ideas disolventes o salvadoras de que se alimentó su siglo, y al hacer acopio de ellas las convirtió en su propia sustancia espiritual. La asimilación fue tan perfecta, que ni el estilo ni el pensamiento dan ocasión de imaginar que hay un hombre de letras detrás de las preciosas ráfagas que de tiempo en tiempo pasan por la correspondencia del Libertador. Leídas con el auxilio de las discretas glosas que ha interpolado el autor, las *Cartas de Bolívar* son mucho más que un documento histórico. Palpita en ellas la vida de una época, toman cuerpo las aspiraciones de un Continente y por medio de ellas puede el lector desprevenido diseñar el tamaño relativo de los hombres y el alcance de su influjo sobre los tiempos (Sanín Cano, 1914, p. 974).

De modo que Mancini y Fombona, según el enfoque de Sanín Cano, constituyen dos contribuciones excelsas en la labor de divulgación, así mismo de pedagogía política, porque brindan una cercanía con uno de los personajes centrales de nuestra nacionalidad y, además, impulsan el conocimiento de nuestra historia en los ciudadanos -no a partir de fechas, héroes o acontecimientos- que es una de las principales tareas del intelectual en los tiempos. Una vez más reitera que la historia debe poner a reflexionar o pensar en el presente y el futuro, y es un arma contra la superchería o el fanatismo, porque debe motivar entre los ciudadanos a que se apropien con los temas o problemas de modo que se pueden derribar los mitos, las ficciones o las supersticiones que hacen más maleables a los pueblos y más susceptibles al sometimiento o a la subordinación frente al poder, otras de las huellas de Bolívar en Sanín Cano.

Es inapelable expresar, el que a lo largo de sus setenta años de activa, continua e innumerable producción intelectual, Sanín Cano dejó un amplio registro en el que las huellas continentales de *El Libertador* fungen no solamente como ideal, sino como letra y pensamiento en acción. Recordemos para la ocasión su ensayo titulado *El papel de la literatura en la fraternidad hispano-americana* (Sanín Cano, 1902, pp. 212-221) un ensayo escrito en 1901 y publicado en España en 1902. Allí el llamado que hizo Sanín Cano, por la unidad e integración de los pueblos de América es notorio, y recaba en la importancia que en la unión o la solidaridad de los pueblos de América tienen la literatura, sus escritores, el comercio y la política, asunto que evoca y emula, sin duda, algunos de los trazos e ideales de la *Utopía de América* concebida por Bolívar, en la *Carta de Jamaica*.

Algunos otros escritos de Sanín Cano, por ejemplo, en sus editoriales del diario *El Tiempo*, en sus más de tres décadas de publicaciones, exaltan y realzan la figura del libertador, para esgrimir la importancia de su proyecto y de su pensamiento. Pero es inevitable mencionar un ensayo, que no se podrá objetar, junto a la *Carta de Jamaica*, constituye uno de los manifiestos políticos intelectuales más representativos del pensamiento latinoamericano en el siglo XX, su escrito titulado: *El descubrimiento de América y la higiene*, (Sanín Cano, 2010, pp. 43-54), publicado en 1914, cuando ya se había convertido en corresponsal del mundialmente reconocido diario *La Nación* de Buenos Aires. En el texto habla Sanín Cano de la crueldad de los españoles y del mestizaje, del encuentro de dos mundos, de la diferencia cultural en la salubridad – los españoles invadieron con sus ideas y sus cuerpos a los grupos indígenas que fueron diezmados por los virus y las enfermedades que traían – y ello fue el problema épico, sociológico, histórico y político por excelencia de nuestros territorios.

Ese texto ampliamente admirado y reseñado en América de Sanín Cano, al tiempo que es denuncia analítica histórica de la tragedia de Latinoamérica, plantea sin duda, el principio de esperanza de nuestros pueblos, porque logra desenmascarar uno de los tramos fundamentales para entender nuestra identidad y nuestra idiosincrasia, el proceso de conquista y colonización, que en los cursos de América Latina, ya no constituyen ni objeto de interés ni de atracción para el estudio y la investigación. La postmodernidad y el postcolonialismo, paradójicamente, han liquidado sin conocer, menos aún profundizar en los temas y problemas que esos dos procesos exigen para lograr encarar los dilemas del siglo XX y el XXI. Otra de las huellas que es dable expresar y fijar de Sanín Cano, fue su humanismo americano, es decir, su convicción que proveniente de Bello o Bolívar, acepta que América es la tierra o el terreno abonado de la libertad, la justicia y la igualdad, para decirlo con Alfonso Reyes, es *El presagio de América* (Reyes, 2012), que ya está en las utopías del Renacimiento.

Sanín Cano fue un humanista y transeúnte, cabalgó -como Bolívar para utilizar una expresión- los territorios de América, a partir de su opinión y pensamiento que se desplegó de norte a sur, a través de periódicos, revistas, cursos, congresos, conferencias, reuniones, tertulias y cafés, entre otros. De un continente a otro, Sanín y Bolívar fueron por esencia, viajeros intelectuales, ambos vivieron en Madrid y Londres y ambos percibieron el derrumbe de una civilización; Bolívar la de las monarquías absolutas, Sanín Cano, la democrática liberal del siglo XX.

En Londres, Madrid, Ginebra y París, como en Argentina, México, Venezuela, y Colombia, Sanín Cano se vinculó a importantes nombres luchadores de América, junto a Samuel Glusberg -Enrique Espinoza-, José Carlos Mariátegui, Gabriela

Mistral, Waldo Frank, Joaquín García Monge, Roberto Giusti, Victoria Ocampo, Juan Marinello y muchos otros, por medio de revistas y otros diarios entonces, desplegó el antioqueño su consciencia y madurez latinoamericana. No obstante, ningún dato ofrece mejor radiografía de las huellas continentales de Bolívar en Sanín Cano como cuando, con exaltación, se publica y reseña en la revista *La Vida Literaria (1928-1932)* de Buenos Aires, un trazo de su ensayo publicado originalmente en el diario bogotano *El Tiempo* con el título de *Un Estado de espíritu continental*. (Sanín Cano, 1928, pp. 336-337). Dice allí Sanín Cano, imbuido con el espíritu del libertador:

“América fue un continente descubierto para servirle de patria de elección al género humano, y ese destino manifiesto y generoso no puede cumplirse sino dentro de un régimen de completa libertad. El calificativo con que la historia universal va a designarnos al fijar las corrientes ideológicas en que se fraguará nuestro destino es el de libreamericanos”.

Sea esta la ocasión pues, para darle vigencia y memoria a dos grandes arquitectos de nuestra “Magna Patria”, Bolívar y Sanín Cano.

Referencias

- Brading, D. (1988). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: ediciones Era.
- Bolívar, S. (1985). *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Chartier, R. (1996). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*. Barcelona: Gedisa.
- Darnton, R. (1987). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De las Indias, J. (1937). *Una Hora con Sanín Cano*. En: *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. Bogotá, mayo 20. p. 7.
- De Tocqueville, A. [1856] (1996). *El antiguo régimen y la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Furet, F. (1980). *Pensar la revolución francesa*. Madrid: Pretel.
- Gómez García, J. G. (2015). *La Carta de Jamaica 200 años después. Vigencia y memoria de Bolívar*. Bogotá: Ediciones B.
- Góngora, M. (2003). *Historia de las ideas en la América Española y otros ensayos*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Groethuysen, B. (1943). *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Halperin Dongui, T. (2013). *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Buenos Aires: Emecé.
- Levene, R. (1956). *El mundo de las ideas y la revolución hispanoamericana de 1810*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile.
- Lynch, J. (2001). *América Latina entre colonia y nación*. Barcelona: Crítica.
- Lynch, J. (1987). *Hispanoamérica, 1750-1850. Ensayos sobre el Estado y la sociedad*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Lynch, J. (1983). *Las revoluciones hispanoamericanas (1808-1826)*. Barcelona: Ariel.
- Mancini, J. (1914). *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*. París: Librería de la viuda de Ch. Bouret.
- Miranda, F. (1982). *América espera*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Montesquieu, C.L. [1748] (2005). *El espíritu de las leyes*. Buenos Aires: Heliasta.
- Mornet, D. (1969). *Los orígenes intelectuales de la revolución francesa: 1715-1787*. Buenos Aires: Paidós.
- Navarro, N. E. (1956). *El destinatario de la Carta de Jamaica. (En torno a un luminoso hallazgo)*, Caracas: Imprenta Nacional.
- Osorio, L.E. (1941). "Sanín Cano me dijo". En: *Revista Vida: Revista de arte y literatura*. Bogotá, Compañía Colombiana de Seguros, No. 40. Pp. 26-29; 34-35.
- Palacios, M. (2009). *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*. Bogotá: Norma.
- Pons, A. (2006). *Blanco White y América*. Universidad de Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVII.
- Rama, C. (1982). *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2012). *América en el pensamiento de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J. L. (1985). *Pensamiento político de la Emancipación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Romero, J. L. (2001). *Situaciones e ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Rudé, G. (1989). *La revolución francesa*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Sanín Cano, B. (1949). *Simón Bolívar*. En: *Revista Letras Universitarias*. Medellín, No. 16, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas-Universidad de Antioquia. p. 25.
- Sanín Cano, B. (1946). *Simón Bolívar*. En: *La Prensa, Magazin Dominical*. San Antonio, Texas. p. 14.

- Sanín Cano, B. (1912). Fuera del dominio de la leyenda. Revista *Hispania*, No. 8, Londres, agosto. Pp. 251-252.
- Sanín Cano, B. (1914). El epistolario de Bolívar. Revista *Hispania*, No. 27, Londres, marzo. Pp. 974; 976.
- Sanín Cano, B. [1901] (1902). Papel de la literatura en la fraternidad Hispano-Americana. En: *Revista Nuestro Tiempo, Revista mensual ilustrada, ciencias, artes, política y hacienda*. No. 14, Madrid.
- Sanín Cano, B. [1904] (2010). El porvenir del castellano. En: *Revista Contemporánea (1904-1905)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Sanín Cano, B. [1914] (2010) *El Descubrimiento de América y la higiene*. En: *Indagaciones e Imágenes*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Pp. 43-54.
- Sanín Cano, B. (1998). Un estado de espíritu continental. En: *Ideología y cultura*. Vol. 1. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. p. 336-337.
- Soboul, A. (1983). *La revolución francesa: principios ideológicos y protagonistas colectivos*. Barcelona: Crítica.
- Taine, H. [1876] (1986). *Los orígenes de la Francia contemporánea*. Madrid: Orbis.
- Viscardo, J. P. (2004). *Carta dirigida a los españoles americanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Xavier Guerra, F. (1992). *Modernidad e independencias*. Madrid: Mapfre.
- Xavier Guerra, F. (2012). *Figuras de la modernidad. Hispanoamérica siglos XIX-XX*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia-Taurus.